

LA PROFECÍA DE LAS HERMANAS · LIBRO II



EL
ÁNGEL
DEL
CAOS

MICHELLE ZINK

*Para Kenneth, Rebekah, Andrew y Caroline.
Os llevo en el corazón.*

Título original: *Prophecy of the Sisters. Guardian of the Gate*

Esta obra fue publicada por acuerdo con Little, Brown and Company,
New York, New York, USA. Reservados todos los derechos.

1.ª edición: octubre de 2010

© Del texto: Michelle Zink, 2010

© De las ilustraciones: Leah Palmer Preiss, 2010

© De las fotografías de cubierta: Shannon Fagan (Estatua),
por cortesía del Green-Wood Cemetery; y Trevillion Images (Cielo).

© De la cubierta: Hachette Book Group, Inc., 2010

© Little, Brown and Company, 2010

© De la traducción: María Teresa Marcos Bermejo, 2010

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2010

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

e-mail: anayainfantiljuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de Alison Impey

ISBN: 978-84-667-9405-3

Depósito legal: B-26.709/2010

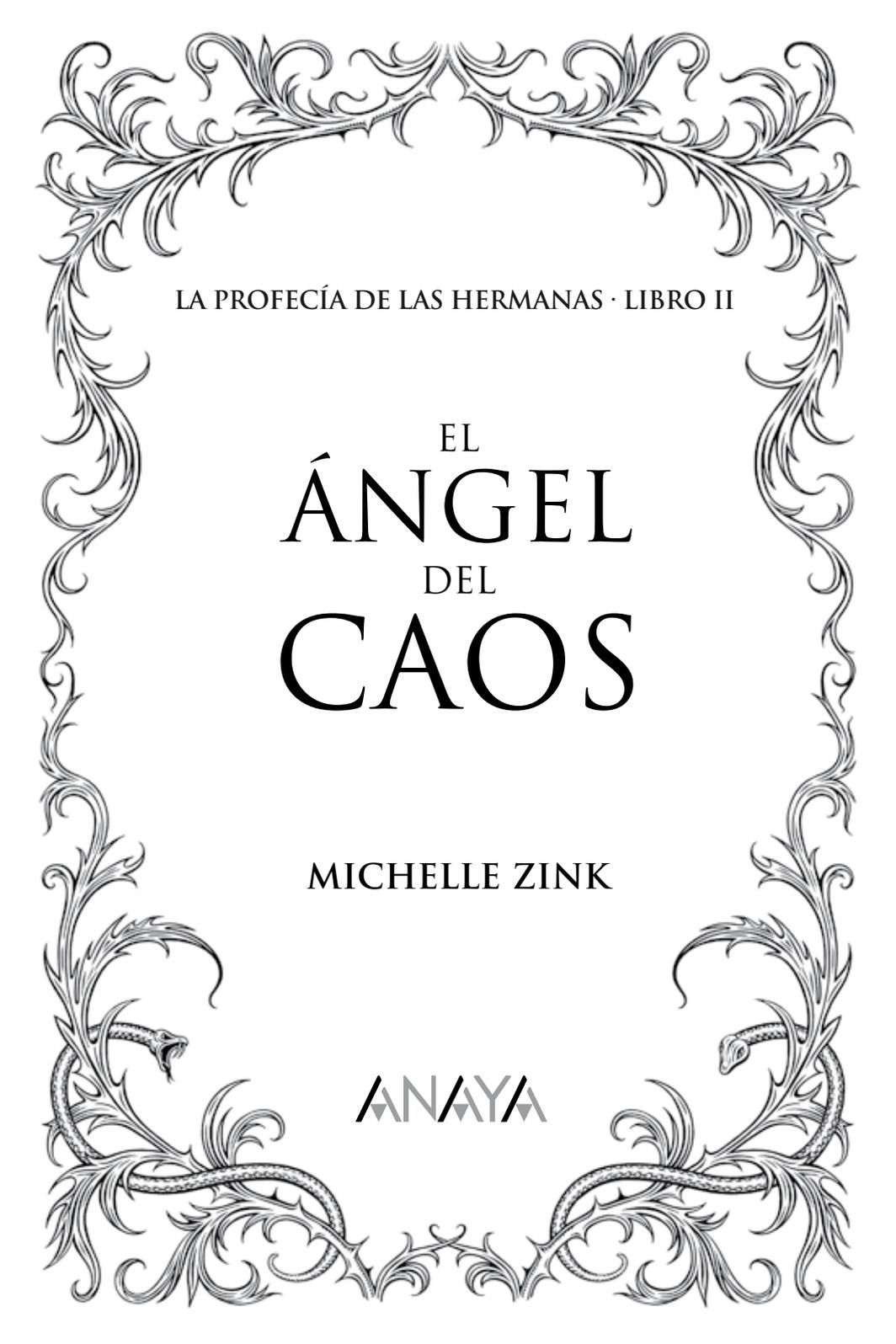
Impreso en Romanyà Valls, S. A.

Capellades (Barcelona)

Impreso en España – Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la
Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiarren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.



LA PROFECÍA DE LAS HERMANAS · LIBRO II

EL
ÁNGEL
DEL
CAOS

MICHELLE ZINK

ANAYA



Sentada ante el escritorio de mi habitación, no necesito leer las palabras de la profecía para recordarlas. Están tan claramente grabadas en mi mente como la marca en mi muñeca.

Aun así, resulta tranquilizador tener en las manos las tapas agrietadas del libro que mi padre ocultó en la biblioteca antes de su muerte. Abro la cubierta envejecida y mis ojos se posan sobre el papelito colocado en la portada del libro.

En los ocho meses que Sonia y yo llevamos en Londres, leer las palabras de la profecía se ha convertido para mí en un ritual antes de acostarme. Es en estas horas silenciosas cuando más tranquilo está Milthorpe Manor, la casa y los criados enmudecen y Sonia está casi dormida en su habitación al fondo del pasillo. Es entonces cuando yo prosigo en mi empeño por descifrar las palabras de la profecía, meticulosamente traducidas por James, buscando una nueva pista que pueda conducirme a sus páginas desaparecidas. Y al sendero de mi libertad.



En esta tarde veraniega, el fuego sisea suavemente en la estufa mientras inclino la cabeza sobre la página, leyendo una vez más las palabras que me unen irrevocablemente a mi hermana gemela y a la profecía que nos separa.

Perduró la humanidad a través del fuego y la concordia
hasta el envío de los guardianes,
que tomaron como esposas y amantes a las mujeres del hombre,
provocando Su cólera.

Dos hermanas concebidas en el mismo océano fluctuante:
una, la guardiana; otra, la puerta.

Una, vigilante de la paz;
otra, trocando magia en devoción.

Expulsadas del cielo, las almas se perdieron
mientras las hermanas continúan la batalla
hasta que las puertas reclamen su regreso
o el ángel retorne las llaves del abismo.

Avanzará entonces el ejército a través de las puertas.
Samael, la bestia, a través del ángel.

El ángel, guardado solo por un tenue velo protector.

Cuatro marcas, cuatro llaves, círculo de fuego,
emergidos del primer aliento de Samhain
bajo la sombra de la mística serpiente de piedra de Aubur.

Dejad que la puerta del ángel se abra sin las llaves,
que pasen las siete plagas y no retornen.

Muerte.

Hambre.

Sangre.

Fuego.



Oscuridad.

Sequía.

Ruina.

Abre tus brazos, señora del caos,
que la confusión de la bestia fluya como un río,
pues todo estará perdido cuando las siete plagas se inicien.

Hubo un tiempo en que estas palabras significaban muy poco para mí, no eran más que una leyenda hallada en un polvoriento volumen escondido en la biblioteca de mi padre antes de su muerte. Pero eso fue hace menos de un año, antes de descubrir la serpiente que estaba formándose en mi muñeca, antes de conocer a Sonia y a Luisa, dos de las cuatro llaves, también portadoras de la marca, aunque no exactamente igual a la mía.

Únicamente yo tengo la C en el centro de mi marca. Únicamente yo soy el ángel del caos, la puerta que resiste a mi hermana, la guardiana, algo que debo achacar no a la naturaleza, sino a las circunstancias de nuestro nacimiento. No obstante, solo yo puedo decidir desterrar para siempre a Samael. O convocarle más adelante y provocar el fin del mundo tal y como lo conocemos.

Cierro el libro y aparto de mi mente sus palabras. Es demasiado tarde para pensar en el fin del mundo. Demasiado tarde para pensar que yo puedo impedirlo. La magnitud de tal carga me hace desear la singular paz del sueño, de modo que me levanto del escritorio y me deslizo bajo la colcha de mi enorme cama con dosel de Milthorpe Manor.

Apago la lámpara de la mesilla de noche. La luz de la habitación se limita al resplandor del fuego, pero ya no me asusta



como antes la oscuridad de una estancia solo iluminada por el fuego. Ahora lo que atenaza mi corazón es el mal que se esconde en sus hermosos y conocidos rincones.



Hace mucho tiempo que ya no confundo mis viajes por el plano astral con simples sueños. Sin embargo, en esta ocasión no sabría decir de cuál de las dos cosas se trata.

Me encuentro en un bosque. Sé por instinto que es el que rodea Birchwood Manor, el único hogar que había conocido antes de venir a Londres hace ocho meses. Puede que haya quien diga que todos los árboles son iguales, que es imposible distinguir un bosque de otro, pero este es el paisaje de mi infancia y como tal lo reconozco.

El sol se filtra entre las hojas de las ramas que se alzan sobre mi cabeza y crea una imprecisa sensación de luz diurna. Podría ser por la mañana, por la tarde o cualquier hora intermedia. Estoy empezando a preguntarme qué hago aquí, pues hasta el momento mis sueños siempre parecen tener un propósito, cuando escucho a alguien llamándome a mis espaldas.

—Li-a...Ven, Lia...

Después de darme la vuelta, me cuesta un tiempo ver la figura que está de pie detrás de mí, entre los árboles. Es una niña pequeña y está inmóvil como una estatua. Sus rubios tirabuzones resplandecen bajo la luz moteada del bosque. La reconocería en cualquier parte, pese a que hace casi un año que la vi por última vez en Nueva York.

—Tengo que enseñarte una cosa, Lia. Ven, date prisa.



La voz de la niña sigue siendo igual de cantarina que la primera vez que me entregó el medallón, el que lleva la misma marca que llevo conmigo en la muñeca.

Espero un momento. La niña extiende una mano y me indica por señas que me acerque a ella, con una sonrisa demasiado cómplice como para resultar agradable.

—Date prisa, Lia. No querrás que se vaya.

La chiquilla se da la vuelta y sale corriendo. Sus tirabuzones revolotean mientras desaparece entre los árboles.

Yo la sigo sorteando los árboles y las piedras musgosas. Voy descalza, pero no me duelen los pies cuando me abro paso por el bosque y me adentro en él. La niña es tan grácil y veloz como una mariposa. Revolotea entre los árboles de aquí para allá, su blanco mandil flota como un fantasma. Con las prisas por mantenerme a su ritmo, el camión se me enreda entre las ramas. Las aparto tratando de no perder a la niña en el bosque. Pero es demasiado tarde. Un instante después ha desaparecido.

Me paro y giro en redondo para recorrer el bosque con la mirada. Me desoriento, el lugar me resulta mareante y lucho contra un pánico creciente al darme cuenta de que estoy totalmente perdida entre esos árboles de troncos y follaje similares que me impiden ver el sol.

Un instante más tarde vuelve a oírse la voz de la niña. Yo permanezco completamente inmóvil, escuchando. Es inconfundible, la misma melodía que canturreaba en Nueva York mientras se alejaba de mí dando saltitos.

Sigo el tarareo y se me pone la carne de gallina bajo las mangas del camión. Se me erizan los pelillos de la nuca, pero soy



incapaz de marcharme. Sigo la voz, rodeando troncos de árboles grandes y pequeños, hasta que oigo el río.

Ahí es donde está la niña. Estoy segura. Cuando dejo atrás el último grupo de árboles, el agua se extiende ante mí y una vez más aparece la pequeña. Está agachada en la otra orilla del río, no sé cómo ha cruzado la corriente. Su tarareo es melódico, pero tiene un tonillo sobrecogedor que me repele. Continúo caminando hacia la orilla de la parte del río en la que me encuentro.

Ella no parece haberme visto. Continúa con su extraña cancioncilla mientras pasa por la superficie del agua la palma de las manos. No sé lo que estará viendo en su inmaculada superficie, pero lo contempla con especial concentración. Luego levanta la vista y sus ojos se topan con los míos, como si no le sorprendiese verme de pie ante ella, al otro lado del río.

Desde el mismo instante en que me la ofrece, sé que su sonrisa va a obsesionarme.

—Qué bien. Me alegro de que hayas venido.

Muevo la cabeza.

—¿Por qué has vuelto a buscarme? —mi voz reverbera en medio del silencio del bosque—. ¿Qué más podrías ofrecerme?

Baja la vista y pasa las palmas de las manos sobre el agua, como si no me hubiese escuchado.

—Perdona —trato de sonar más convincente—, me gustaría saber por qué me has hecho venir al bosque.

—No tardará mucho —su voz es inexpresiva—. Ya verás.

Alza la mirada y sus ojos azules se cruzan con los míos por encima del río. Su rostro tiembla cuando comienza a hablar de nuevo.

—¿Crees estar a salvo en los confines de tus sueños, Lia? —la piel se tensa sobre los delicados huesos de su rostro titilante, el



tono de su voz baja de intensidad—. ¿Ahora te crees tan poderosa que ya nada te afecta?

Su voz ya no es la misma y cuando su rostro titila de nuevo, comprendo por qué. Sonríe, pero esta vez no como la niña de los bosques. Ya no. Ahora es mi hermana Alice. No puedo evitar sentir miedo. Sé muy bien lo que esconde esa sonrisa.

—¿Por qué pareces tan sorprendida, Lia? Sabes que siempre te encontraré.

Me tomo mi tiempo para serenar la voz, no quiero que se percate de mi miedo.

—¿Qué es lo que quieres, Alice? ¿No nos hemos dicho ya todo cuanto había que decir?

Se da unos golpecitos en la sien con el dedo y, como siempre, la creo capaz de despojarme de mi alma.

—Sigo pensando que acabarás comprendiéndolo, Lia. Que te darás cuenta del peligro al que te expones a ti misma y también a tus amigos. Y a lo que queda de tu familia.

Quisiera enfurecerme ante la mención de mi familia, nuestra familia, pues ¿no fue Alice quien empujó a Henry al río? ¿No fue ella quien lo envió a morir en sus aguas? Pero el tono de su voz parece suavizarse y me pregunto si llorará alguna vez por la muerte de nuestro hermano.

Al responder, endurezco mi voz.

—El peligro al que nos enfrentamos ahora es el precio que pagamos por la libertad que tendremos después.

—¿Después? —pregunta—. ¿Cuándo será eso, Lia? Ni siquiera has encontrado todavía a las otras dos llaves y puede que no las encuentres nunca con ese viejo rastreador de papá.



Su crítica a Philip me hace enrojecer de ira. Nuestro padre confió en él para que buscara las llaves y sigue trabajando incansablemente para mí, aunque, por supuesto, de poco me servirán las otras dos llaves sin las páginas perdidas de *El libro del caos*. Sin embargo, hace tiempo que aprendí que no merece la pena pensar en un futuro demasiado lejano. Solo existe el presente.

Alice vuelve a hablar, como si hubiera oído mis pensamientos.

—¿Y qué hay de las otras páginas? Las dos sabemos que aún tienes que encontrarlas —posa con calma la mirada en el agua y pasa la mano sobre ella, igual que la niña—. Vista la situación en la que te encuentras, a mí me parecería más prudente confiar en Samael. Al menos, él puede garantizar tu seguridad y la de aquellos a los que quieres. Es más, puede garantizarte un lugar en el nuevo orden mundial regido por él y ocupado por las almas, algo que sucederá tanto si nos ayudas voluntariamente como si no.

Me parece imposible endurecer aún más mi corazón en contra de mi hermana, pero lo hago.

—Lo que es seguro es que a ti sí te garantizará un lugar en ese nuevo orden, Alice. En realidad, se trata de eso, ¿no es así? ¿Por qué trabajabas para las almas ya desde niña?

Se encoge de hombros, buscando mi mirada.

—Nunca he fingido ser altruista, Lia. Simplemente, prefiero cumplir con el papel que debería corresponderme que con el que me han endosado por un erróneo funcionamiento de la profecía.

—Si es eso lo que sigues deseando, no tenemos nada más que discutir.

Ella vuelve a mirar el agua.



—Puede que yo no sea la persona más indicada para convencerte.

Creo que ya nada me puede escandalizar, que ya nada puede asustarme, al menos de momento. Pero, entonces, Alice levanta la vista, su rostro titila una vez más. Por un instante entreveo la sombra de la niña antes de que la imagen de Alice se establezca de nuevo. Pero no por mucho tiempo. Su rostro se arruga, se convierte en una cabeza de forma extraña, en una cara que parece cambiar a cada segundo. Yo parezco haber echado raíces en mi sitio junto al río, incapaz de moverme a pesar de que el terror se apodera de mí.

—¿Aún sigues rechazándome, señora? —la voz, canalizada en otra ocasión a través de Sonia mientras trataba de contactar con mi padre muerto, es inconfundible. Terrorífica. Antinatural. No pertenece a ningún mundo—. No hay lugar donde esconderse. Ni refugio. Ni paz —dice Samael.

Se incorpora de su postura sedente junto al río y se estira hasta una altura dos veces superior a la de cualquier mortal. Es enormemente voluminoso. Estoy segura de que, si quisiera, podría cruzar el río de un brinco y cogermelo por el cuello en cuestión de segundos. Capta mi atención un movimiento detrás de él y veo sus impresionantes alas, negras como el ébano, plegadas a su espalda.

A mi terror se une ahora un inconfundible deseo. Una atracción que hace que quiera cruzar el río y dejar que me envuelvan esas suaves y mullidas alas. El latido comienza suavemente y va en aumento. Bum-bum. Bum-bum. Bum-bum. Lo recuerdo de mi último encuentro con Samael y otra vez me horroriza escuchar el sonido amplificado de mi propio corazón latiendo al mismo tiempo que el suyo.



Retrocedo un paso. Todo mi ser me está diciendo que huya, pero no me atrevo a darme la vuelta. Camino hacia atrás unos cuantos pasos, atenta a la máscara cambiante que es su rostro. A veces es tan hermoso como el más bello de los mortales. Pero luego cambia de nuevo y se convierte en lo que yo sé que es.

Samael. La bestia.

—Abre la puerta, señora, según te ordena tu deber. Tu negativa solo dará lugar a sufrimiento.

La voz gutural no solo suena desde el otro lado del río, sino dentro de mi cabeza, como si sus palabras fuesen mías.

Sacudo la cabeza. Tengo que darme la vuelta con las pocas fuerzas que me quedan. Y lo hago. Me vuelvo y echo a correr, abriéndome paso entre la hilera de árboles de la orilla del río, pese a que no tengo ni idea de adónde ir. Su risa retumba a través de los árboles como si tuviera vida. Como si me estuviera dando caza.

Trato de apartarla y me golpeo con las ramas, que me arañan la cara mientras corro, obligándome a despertar de este sueño, a escapar de este viaje. Pero no tengo tiempo para hacer planes porque me tropiezo con la raíz de un árbol, me caigo y me golpeo tan fuerte y súbitamente contra el suelo que la oscuridad me nubla la visión. Trato de incorporarme ayudándome con las manos. Pienso que lo conseguiré, que me levantaré y echaré a correr. Pero entonces noto una mano que me agarra por el hombro y oigo una voz que sisea:

—Abre la puerta.

§



Me siento en la cama con el pelo de la nuca empapado en sudor y reprimo un grito.

Mi respiración se convierte en un acelerado jadeo, el corazón late contra mi pecho como si aún continuase haciéndolo al ritmo del de Samael. Ni siquiera la luz que se filtra por la rendija de las cortinas consigue calmar mi terrorífico despertar, así que aguardo unos minutos, diciéndome a mí misma que solo ha sido un sueño. Me lo digo una y otra vez hasta que me lo creo.

Hasta que veo la sangre en mi almohada.

Me llevo la mano a la cara y me toco la mejilla con los dedos. Cuando los aparto, sé muy bien lo que significa aquello. La mancha roja no dice más que la verdad.

Cruzo la habitación en dirección al tocador que guarda multitud de tarros de crema, perfume y polvos faciales. Me cuesta reconocer a la chica del espejo. Tiene el pelo revuelto y sus ojos hablan de algo oscuro y aterrador.

El arañazo que me cruza la mejilla no es grande, pero sí bien visible. Al contemplar la sangre, recuerdo cómo me arañé la cara con las ramas mientras corría huyendo de Samael.

Quisiera negar que he viajado por el plano astral muy a mi pesar y sola, pues Sonia y yo estamos de acuerdo en que no es conveniente que lo haga a pesar del fortalecimiento de mis poderes. No importa que ahora esos poderes sobrepasen a los de Sonia porque una cosa es cierta: mi creciente habilidad no es nada comparada con la voluntad y el poder de las almas o de mi hermana.

